FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO

FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO

Seleccionadas y adaptadas a los niños

por

FRAY ANTONIO CORREDOR GARCIA
O.F.M.

APOSTOLADO MARIANO
Apartado 1032
SEVILLA

De cómo un niño ingresó en la Orden de San Francisco

San Francisco es uno de los más grandes santos de la Iglesia. Nació en Asís, a principios del siglo XIII, y fundó la Orden de los Frailes o Hermanos Menores.

En cierto convento, admitió a la Orden a un niño puro e inocente. Como los frailes eran muy pobres, dormían todos en el suelo.

Queriendo este niño averiguar lo que de noche hacía San Francisco, cuando se iba a orar al bosque, se acostó junto a él y ató su pequeño cordón con el del Santo, a fin de despertarse cuando él se levantara.

Mientras los frailes dormían el primer sueño, desata el cordón San Francisco, con mucho cuidado, y se marchó a orar al bosque. Más tarde se despierta el niño y salió corriendo al bosque, a ver si encontraba a San Francisco.

Oye primero una conversación y se detiene. Avanza un poco más y contempla un espectáculo maravilloso: San Francisco, envuelto en una deslumbrante luz, hablaba con los ángeles y los santos. De impresión, el niño cayó desmayado en tierra. A la vuelta, tropezó con él San Francisco, y, como una madre amorosa, lo tomó en brazos y lo llevó al Convento.

Llegó a ser este niño un santo religioso y, después de la muerte de San Francisco, contó a los frailes tan maravillosa visión.

En alabanza de Cristo. Amén.

De como tres ladrones se convirtieron y se hicieron frailes

Pasando San Francisco por Monte Casal, se le acercó un joven, que le dijo:

—Padre, me gustaría mucho ser fraile de tu Orden.

—Hijo, tú eres noble y delicado —le contestó— y no podrás aguantar nuestra vida de pobreza y austeridad.

—Padre —replicó él—, ¿no sois vosotros hombres como yo? Pues creo que he de poder soportarla, con la gracia de Dios.

A San Francisco le agradó la respuesta y le vistió el santo hábito. Más adelante lo nombró también Guardián de aquel Convento.

Un día se acercaron a pedir comida tres ladrones famosos por aquellos contornos. Fray Angel los despidió de mala forma, diciéndoles que, además de ser crueles homicidas, pretendían comerse las limosnas de los pobres. Se marcharon disgustados. Poco después llegó San Francisco con el pan y el vino que había mendigado en unión de su compañero. Enterado de lo sucedido, mandó a Fray Angel llevara a los ladrones aquellas viandas y les pidiera perdón. Al ver los ladrones la caridad y humildad de Fray Angel, reflexionaron sobre sus crímenes y fechorías y determinaron acudir a San Francisco para preguntarle qué debían hacer. Como el Santo los vio tan arrepentidos y con grandes deseos de hacer penitencia, los admitió en la Orden, donde acabaron su vida santamente.

En alabanza de Cristo. Amén.

Cómo San Francisco curó milagrosamente a un leproso

En un hospital servían los frailes a los leprosos. Entre éstos había uno de tan pésima condición, que no solamente maltrataba de palabra y obra a los que le servían, sino que blasfemaba contra Jesucristo y su Santísima Madre.

Los frailes creyeron en conciencia que debían abandonarlo. Se lo comunican a San Francisco y éste se ofreció a servirle personalmente.

—Dios te dé la paz, hermano carísimo —le dijo el Santo.

—¿Qué paz me va a dar Dios —respondió el leproso— si me ha privado de todo bien, poniéndome completamente hediondo?

—Ten paciencia, hijo —le contestó el Santo—, las enfermedades nos las envía Dios para que ganemos méritos para la otra vida.

—¿Cómo voy a tener paciencia —replicó— con este mal que me atormenta noche y día? Y encima tus frailes no me sirven como debían.

—Pues, hijo, yo mismo te serviré y voy a lavarte todo entero.

Y quiso Dios que donde San Francisco ponía las manos desaparecía la lepra y quedaba la carne completamente sana. El leproso, al ver tal milagro, se arrepintió de sus blasfemias y confesó humildemente sus pecados.

Días después murió de otra enfermedad y se le apareció a San Francisco para darle gracias por el bien que le había hecho.

En alabanza de Cristo. Amén.

Cómo San Francisco hizo dar vueltas a Fray Maseo

Caminando San Francisco con Fray Maseo, llegaron a un punto donde se cruzaban tres caminos, que conducían a Sena, Florencia o a Arezo.

Fray Maseo preguntó:

—Padre, ¿qué camino debemos tomar?

—El que Dios quiera —contestó San Francisco.

—¿Cómo sabremos la voluntad de Dios?

—Ahora te lo diré —repuso el Santo.

—Te mando por santa obediencia que ahí mismo, donde estás, comiences a dar vueltas, como hacen los niños, hasta que yo te lo diga.

Y tantas vueltas daba Fray Maseo que cayó al suelo varias veces, hasta que San Francisco le dijo:

—Párate. ¿Hacia dónde estás mirando?

—Hacia Sena —contestó Fray Maseo.

—Pues ése es el camino que debemos seguir —dijo San Francisco.

En otra ocasión, yendo hacia Francia, levantó a Fray Maseo en el aire con el aliento, lanzándolo delante de sí un buen espacio. Sintió entonces en el alma Fray Maseo tanta dulzura y consuelo como jamás nunca había experimentado.

Otro día preguntó Fray Maseo a San Francisco por qué todas las gentes acudían a él, ya que no era hermoso ni sabio ni noble. San Francisco le contestó que porque era el mayor pecador que existía en el mundo.

En alabanza de Cristo. Amén.

Explica San Francisco en qué consiste la perfecta alegría

Medio muertos de frío, pues era riguroso invierno, iban San Francisco y Fray León a Santa María de los Angeles.

Dijo San Francisco:

—Fray León: aunque los Frailes Menores conocieran todas las ciencias y hablaran todas las lenguas del mundo, no está en eso la perfecta alegría.

Anduvieron un poco más y vuelve a decir:

—¡Oh, Fray León! Aunque los Frailes Menores convirtieran a la verdadera fe a todos los infieles, sabrás que no está en eso la perfecta alegría.

Después de otro poco de tiempo, repite:

—¡Oh, Fray León! Aunque los Frailes Menores obraran milagros y edificaran a todos con su santidad, escribe que no está en eso la perfecta alegría.

Admirado Fray León, le dice:

—Padre, te ruego, en nombre de Dios, que me digas entonces en qué consiste la perfecta alegría.

—Imagínate —explicó San Francisco— que, al llegar nosotros al Convento, el portero nos pregunta: "¿Quiénes sois vosotros?", y le contestamos: "Dos hermanos vuestros", y él nos responde: "Me engañáis: sois unos bribones que venís a robar nuestras limosnas". Y, saliendo fuera, nos muele a palos y bofetadas... Si nosotros lo sufrimos todo con paciencia y por amor de Dios, escribe, Fray León, que en eso está la perfecta alegría.

En alabanza de Cristo. Amén.

El lobo de Gubio

Había en Gubio un lobo grande y feroz, que atacaba a toda clase de animales, incluso a las personas, de tal manera que el pueblo estaba verdaderamente aterrorizado.

Pasó por allí casualmente San Francisco y la gente le pidió tuviera piedad de ellos.

Se dirige el Santo hacia la guarida de la fiera y ésta acude con la boca abierta y en plan de acometer. Le hace la señal de la cruz y el animal se amansa y se echa a sus pies.

—Hermano lobo —le dice el Santo—, desde hoy en adelante serás bueno y no matarás ni animales ni personas. Yo te prometo que el pueblo te alimentará y no pasarás ya más hambre. En señal de que así lo vas a hacer, pon tu pata sobre mi mano. —Y el lobo pone el pie delantero sobre la mano de San Francisco, ante el asombro de los ciudadanos.

—Y ahora, hermano lobo —continuó el Santo—, ven conmigo a comenzar a vivir en paz con todos, mujeres, ancianos y niños.

El Santo predicó en la plaza, enseñando a las gentes que Dios permite, a veces, estas calamidades en castigo de los pecados públicos. Por lo cual todos debían arrepentirse de sus culpas, evitando así las penas del infierno, bastante más terribles que las dentelladas de cualquier lobo.

En alabanza de Cristo. Amén.

Incendio en Santa María de los Angeles

Deseando vivamente Santa Clara comer alguna vez con San Francisco, dijo éste a los frailes:

—Ya que a vosotros os parece bien, tendremos esta comida en Santa María de los Angeles. Así verá Sor Clara el lugar donde fue desposada con Jesucristo.

El día convenido, Santa Clara, acompañada de otra monja, salió de San Damián. San Francisco hizo poner la mesa sobre el suelo, como era costumbre. Se sentaron a comer San Francisco, las dos religiosas y demás compañeros. Por primer plato, San Francisco comenzó a hablar de Dios tan suave y maravillosamente que se quedaron todos arrebatados en éxtasis.

Mientras continuaban en esta forma, con los ojos y manos levantados al cielo, los habitantes de Asís y sus alrededores contemplaban una grandísima llama sobre Santa María de los Angeles, por lo que se figuraron que ardían el Convento y el bosque cercanos.

Corrieron todos para apagar el fuego. Pero, al entrar en el Convento, vieron a San Francisco y compañía arrobados en Dios, en torno de aquella humilde mesa.

En seguida comprendieron que aquellas llamas eran milagrosas, para demostrar Dios el fuego divino que consumía el corazón de aquellos frailes y monjas. Dando gracias al Señor, Santa Clara se volvió a su Convento de San Damián.

En alabanza de Cristo. Amén.

Cómo San Francisco fue a convertir al Sultán de Egipto

Deseando San Francisco ser mártir de Cristo y salvar muchas almas, pasó al otro lado del mar con doce compañeros suyos, y así poder predicar la fe verdadera y convertir al Sultán de Egipto.

Apresados en seguida por la guardia sarracena, fueron llevados a la presencia del Sultán. San Francisco expuso la verdad católica con tal convicción que pretendía demostrarla nada menos que con la prueba del fuego.

Al Sultán le cayó en gracia San Francisco y admiraba la constancia de su fe y el ansia tan manifiesta del martirio. Le rogó que volviera a verle con frecuencia, concediéndoles pudieran predicar libremente por todo su reino. El Santo, algún tiempo después, fue a despedirse, por fin, del Sultán. Y éste le dijo:

—Francisco, yo me convertiría ahora de buena gana, pero no lo puedo hacer por razones de Estado. Además, me matarían a mí, a ti y a tus compañeros, y tú tienes que hacer todavía mucho bien en el mundo.

—Señor —respondió San Francisco—, yo me marcho de aquí, pero, después de mi muerte, te mandaré dos frailes que te bautizarán y te salvarás, según Dios me ha revelado.

El Sultán así lo prometió y lo hizo y San Francisco también cumplió su palabra.

En alabanza de Cristo. Amén.

Cómo San Francisco construyó en Greccio el primer nacimiento

Tres años antes de su muerte, llamó San Francisco a su amigo y bienhechor, Juan de Greccio, y le dijo que tenía permiso del Papa para representar el nacimiento de Belén. Que preparara el pesebre, el heno, el buey, el asno y todo lo necesario.

Llegó el día de la fiesta y acudieron frailes y fieles de aquellos contornos, con cirios y teas, entonando cánticos de alegría.

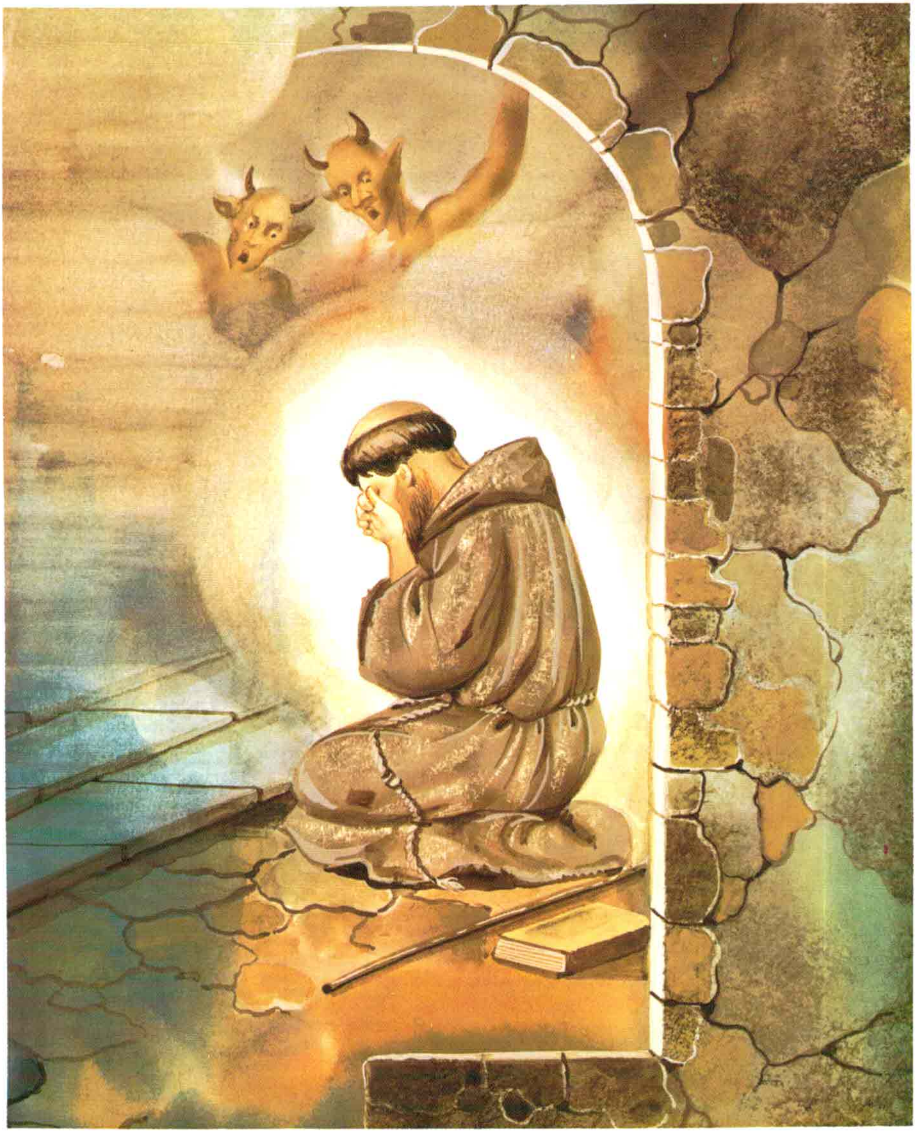
Empieza la misa solemne. San Francisco, como era diácono, canta el Evangelio y predica la homilía, hablando al pueblo, con gran ternura, del Niño-Dios, que nació pobre por nosotros en Belén.

Alguien vio que San Francisco se acercaba al pesebre y tomaba en sus brazos a un Niño que parecía despertar al contacto del Santo. Lo cual significaba que San Francisco hizo revivir a la humanidad, bastante alejada de su Creador.

Terminados, por fin, los cultos de aquella inolvidable noche de Navidad, regresan todos, alegres y satisfechos, a sus casas.

El heno donde había reposado milagrosamente el Niño Jesús obró luego muchos prodigios, curando a las personas y a los animales enfermos. En aquel lugar se levantó una iglesia y un convento, para perpetua memoria del primer Nacimiento que mandó construir San Fancisco.

En alabanza de Cristo. Amén.



San Francisco es maltratado por los demonios

El Conde Orlando poseía en la Toscana un monte solitario y selvático, llamado Alvernia, y se lo entregó a los frailes para que pudieran hacer penitencia y vivir en soledad.

Cuando San Francisco y sus compañeros iban hacia él, se les hizo de noche y tuvieron que dormir en una iglesia desierta y abandonada.

Al comenzar el Santo su acostumbrada oración, lo rodeó una multitud de ferocísimos demonios que lo atormentaron y lo arrastraron por la iglesia. Daba el Santo gracias a Dios, pero quedó tan maltrecho, que, al día siguiente, un labrador hubo de prestarle un borriquillo para poder continuar el viaje. Este hombre sintió tanta sed durante el camino que desfallecía, pero San Francisco rogó a Dios y brotó de una roca una fuente milagrosa.

Al llegar San Francisco a lo alto del monte, descansó junto a una encina y acudió a su alrededor una gran variedad de pájaros, cantando y batiendo las alas, como para darle la bienvenida, de lo que se admiraron todos los circunstantes.

Un día sintió Fray León una tentación grandísima, de la que se vio libre al entregarle San Francisco, escritas en un papel, unas alabanzas divinas. Esta cédula —así como sus copias— hizo luego muchos milagros a los que la llevaban consigo.

En alabanza de Cristo. Amén.

Impresión de las llagas del Señor en el cuerpo de San Francisco

La víspera de la Cruz de septiembre, estando San Francisco en oración en su celda del monte Alvernia, se le apareció un ángel y le dijo se preparara humildemente para recibir algo que Dios quería hacerle.

—Dispuesto estoy a recibir lo que el Señor quiera mandarme —respondió el Santo.

El día de la Santa Cruz se levantó muy temprano, y, mirando hacia Oriente, oraba y meditaba en la Pasión del Señor, inflamándose su alma en esta contemplación.

A poco ve venir del cielo un serafín cubierto con seis alas, y, al acercarse más, vio que tenía la forma de un hombre crucificado, sintiendo el Santo, a la vez, grandes efectos de dolor, alegría y admiración.

Mientras duró esta aparición, el monte Alvernia parecía que se quemaba, iluminando montes y valles. La duración fue de una hora, según contaron después los pastores, que experimentaron un gran temor al ver aquella gran llama sobre el Alvernia. La luz penetraba por las ventanas de las casas, de tal manera que los arrieros que iban a la Romaña creían había salido el sol y se pusieron en camino.

San Francisco, encendido en divino ardor, vio cómo en sus manos, pues y costado aparecieron las llagas de la Pasión del Señor, las cuales manaban mucha sangre y le producían dolor grandísimo.

En alabanza de Cristo. Amén.

Dos años después de la impresión de los sagrados estigmas, conociendo que había llegado la hora de su tránsito a los cielos, se hizo llevar a Santa María de los Angeles.

Mandó que los frailes entonaran el "Cántico del Hermano Sol".

Lo colocaron en el suelo, pues quería morir pobre y desnudo, como Jesucristo, a quien tan perfectamente imitó. No en vano lo llaman el Cristo de la Edad Media.

Falleció el 3 de octubre de 1226, a los cuarenta y cuatro años de edad.

Poco después, el Papa Gregorio Nono, que había sido su amigo y confidente, lo canonizó con toda solemnidad.

ISBN: 84-7770-329-9